



LA POBRE VIUDA.

Era Cristina la hija única de un matrimonio honrado, pacífico, bienquisto entre los vecinos del pueblo, de no escasos pero tampoco abundantes medios.

No diré que Cristina era una criatura preciosa como la "hija favorita del serrallo;" no seré yo por vida mía quien se tome la molestia de remontarse hasta las nubes para buscar en la región celeste "querubes" ó serafines con que comparar á la pobre Cristina. Confórmese quien estas líneas de leer se dignare, con saber que Cristina, como toda mujer, tenía bueno y malo entre sus físicas dotes, si bien es verdad que lo malo y lo bueno estaba repartido en ella de manera tal, que aventaja-

ba á lo primero lo segundo; de suerte y manera que venía á ser cosa de no deberse echar á puerta ajena. Ahora, por lo tocante á sus prendas morales, con decir que le habían infundido buenas inclinaciones y dádole sus padres buen ejemplo, me parece que lo sobrado es para dejar entender lo que sobre el particular habría.

Impertinencia fuera de gran tamaño, loable en Dumas y comparsa tan solamente, que yo perdiera aquí mi tiempo, caudal dizque muy precioso, y se le quitara al lector, contando la vida y milagros de los padres de Cristina.

No conduciendo esto á mi objeto, déjome en el tintero.

Cristina se casó llanamente, sin lances novelescos, sin episodios dramáticos en sus honestos y sencillos amorios, tocándole en suerte, lo que por estos tiempos y los otros no es poca fortuna, un maridito tan guapo como ella.

Diez años vivió casada Cristina, y tan feliz cuanto cabe en humana condición: de suerte que no parecía sino que ella había nacido para probar tan sólo las dulzuras de la vida.

Pero sucedió que á los diez años, el día menos pensado, vino el dolor á eclipsar su apacible y venturosa existencia, con la muerte de su marido. Grande fué la pesadumbre de la pobre mujer al verse pri-

vada de su esposo, al mirarse sola y desamparada en el mundo; mas habiéndola criado muy religiosa sus padres, se conformó con la voluntad del árbitro Supremo de todas las cosas.

La viuda Cristina quedó con los recursos suficientes para mantenerse ella y una prenda de su casto y feliz matrimonio, una hija, Carmen, preciosa criatura, á quien educó tal como habían educado á ella, y á quien amó como la habían amado á ella.

Críose, pues, Carmen sin apartarse un momento del lado de su mamá, en cuyo regazo pasaba las horas que no empleaba en cultivar sus florecillas, en jugar con las cristalinas aguas de las fuentes, en corretear en pos de las primorosas mariposas, y ya más grandecita, en su labor y oraciones.

Así, sin sentir pasar el tiempo, llegó Carmen á sus quince abriles.

Ahora bien, había en el pueblo un mozo llamado Gil García, muy conocido de todos por sus travesuras, muy envidiado de los de su edad y muy malquisto entre las personas de seso, así por su mala cabeza como por su decidido amor á la vagancia. Era Gil bien parecido, sabía música, tocaba bien la flauta y tenía afición á la lectura. Con toda esta letanía de prendas vivía el mozo pagadísimo de sí propio, creyéndose superior á todo el mundo.

En medio de su ociosa vida, no pudo menos de parar la atención en Carmen, que bien lo valía ora por su lindura, ora por lo poco que poseía su madre. Por principio de cuentas, tomó la florecita de pasar cada vez que volvía de la caza ó pesca, por la casita de la viuda; entrábase en ella con cualquier pretexto y regalábale lo mejor de lo que llevaba; luego, dió en visitarla de parte de noche, entreteniéndola á ella y á su hija con la lectura y no pocas veces se oyeron las notas de su flauta acompañadas con la voz clara y gozosa de Carmencita, á quien pareció en breve aquel mozo un sujeto á pedir de boca.

Llegó el caso de que Carmen le tomara una profunda y tierna afición, sintiendo por él en su alma una de esas inclinaciones que no se prueban dos veces en todo el curso de la vida; lejos de ver en su amante imperfección alguna, lejos de advertir los graves defectos que tenía, miróle como lo más acabado de las obras del Creador. ¡Pobre tontuela!

Cristina descubrió con pesar el sesgo de los afectos de su hija y no perdonó diligencia por desentrañarle aquel amor. Hizole presente la dulzura de la vida tranquila que á su lado había pasado, y los disgustos que le acarrearía su pasión; dijo que no podía ser un buen esposo el hombre que no sabía trabajar ni tenía in-

clinación más que á la vagancia, el hombre que hacía alarde de mofarse de las cosas más sagradas, que estaba tan pagado de sí por acciones vituperables.

Escuchóla llorando Carmen, porque era aquella la vez primera que daba en que sentir á su madre, la vez primera que á su entender iba errada su madre, la vez primera que no podía darle gusto sin partírsele el alma; el caso era arduo, pues habiendo un afecto arraigado de por medio, tenía que luchar á brazo partido el amor con el deber. . . . ¿Para qué decir cuál de los dos se llevó la palma?

Sabedor Gil de que Cristina nunca consentiría en verle unido con Carmen, indujo á la apasionada muchacha á huirse de la casa materna y á desposarse con él de secreto. Esta primera desobediencia de la jovencilla comenzó en breve á producir sus efectos.

Pesóle á Carmen tanto de haberle faltado á su madre, que no tuvo un momento de gusto ni sosiego, considerándose como indigna de perdón por ello. Cristina por su parte, dió rienda suelta al llanto; pero su triste suerte y la desgracia de su hija las lloró en secreto, sin cesar pidiendo al Soberano consolador conformidad y resignación.

No teniendo Carmen fuerzas para seguir viviendo separada de su madre, vol-

vió arrepentida á su seno. Recibióla ella con los brazos abiertos y un tanto se alivió su aflicción.

En medio de todo esto, Gil varió completamente de conducta. Creyendo Cristina que se había convertido á la virtud, le otorgó su confianza y cariño en términos de poner en sus manos cuanto poseía con la esperanza de que trabajando con afán, lograría hacerse de un caudalito con que viviesen desahogadamente él y su esposa; pero la inexperiencia, el abandono, la poca aplicación de Gil frustraron á la par las esperanzas de Cristina, viniendo en breves días á reducir á nada los medios que franqueó al joven. Por consecuencia, la viuda, su hija y su marido cayeron en la más completa pobreza; y mientras la desventurada Cristina, obligada á recurrir á sus propias habilidades, se empleaba en dar lecciones en una amiga que abrió, García se entregaba á pierna suelta á sus vicios favoritos.

Tenía Carmen un hijo de unos dos años de nacido cuando Gil, al volver de sus disipaciones, mal humorado y cargada la cabeza, queriendo jugar con la criatura, la arrebató de los brazos de su madre y dando traspies fué á tener con su cuerpo al suelo, cayendo encima del niño. Desde este día, la criaturilla que prometía ser lo que todos los padres esperan ver en su primer hijo,

quedó hecho un idiota; Gil, apesarado desde entonces por la irremediable deformidad mental del niño, de la que él solo tenía la culpa, se volvió melancólico; y al contemplar día á día el estúpido mirar de su querido hijo y el dolor mal disimulado de su mujer que paso á paso la llevaba al sepulcro, y la constante lucha entre la resignación y el despecho que destrozaba de continuo el corazón de la viuda, determinó él apartarse para siempre de aquel espectáculo de desolación.

Abandonada de su marido y reconviniéndose á sí propia por las pesadumbres que su desobediencia había acarreado á su madre, Carmen caminaba precipitadamente al sepulcro; en los cortos días que le quedaron de vida, no se le volvió á ver emplear el tiempo más que en yacer como una estatua á la cabecera de su cama durante las horas enteras, hablando siempre muy rara palabra, sin jamás asomar una sonrisa á sus labios.... ¡hasta su postrer suspiro! Así acabó Carmen, pagando con horribles tormentos la falta que había cometido.

Cristina, con la muerte de su hija quedó nuevamente sola en el mundo, mas no por eso se desesperó. Dedicóse exclusivamente á su escuela de niñas y á ver de alumbrar el entendimiento de su inocente nieto. A fuerza de fuerzas logró por fin que profiriese algunas palabras; llevóle re-

petidas veces al sepulcro de Carmen, enseñóle á pronunciar el nombre de "madre," á hincarse de rodillas en actitud de invocar la bendición, y á repetir el Padre Nuestro y otras oraciones, las que si bien no tenían sentido ni importancia alguna para él, eran con todo su primera ocupación al despertar y al acostarse, rezándolas con tanto fervor como el más cumplido cristiano.

Pasaron unos cuantos años.

Una tarde, estando el muchacho tributando su acostumbrado homenaje á la tumba de la que el ser le diera, vió al pararse, un hombre á su lado.

—¿De quién es ese sepulcro donde estás arrodillado?

—Ahí está durmiendo mi madre.

El desconocido se acercó, leyó la inscripción de la sepultura....

—¿Quién es tu padre? preguntó temblando al muchacho.

—Padre nuestro, que estás en el cielo, fué diciendo éste levantando sus ojos y manos.

—¿Y su nombre?

—Santificado sea tu nombre.

—Te pregunto por tu padre.

—¿Acaso tengo otro?

Esta pregunta tan sencilla dejó al desconocido como si un rayo le hubiera herido.

—Vamos, vamos, repuso el muchacho agarrándole de la mano con dulzura y llevándosele consigo; venga usted.

El desconocido, desencajado el rostro, pálido como un difunto, siguió con trémulo paso á aquella criatura, obediente al influjo de la voz de ella y al impulso de su mano, como si le condujera una fuerza potente, irresistible.

A poco andar, introdújole el pobre idiota en una humilde casita donde todo acusaba la pobreza y el dolor, y de donde vió salir infinitas parejas de inocentes niñas, gozosas y juguetonas, que le arrancaron á él del alma un suspiro adolorido.

Apenas hubo puesto la planta el desconocido en la pieza principal de la casita cuando se presentó á sus ojos Cristina, la cual, volviendo hacia él la cabeza, conoció á.... ¡Gil!....

Gil quedó estupefacto, trabada la lengua, ante la presencia de aquella mujer, aquella mártir madre.... Reclinóse contra una esquina de la pared, para no caer al suelo, pues sintió írsele la cabeza... y echóse á llorar como un niño.

Mientras, el chicuelo que al ver á Cristo había corrido á sus brazos, arrodillado á sus pies decía:

—¡Madre! rezo como Cristo rezaba.

Luego, enclavijadas las manos y clavados los ojos en el techo, comenzó sus ora-

ciones de todas las noches; al proferir el "Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores," que la viuda le había enseñado á decir con la solemnidad debida á su sublime importancia, Cristina levantó los ojos á contemplar á Gil; y el aspecto de Gil humillado, lloroso, arrepentido, conrito, no pudo menos de atravesarle el corazón.

García fué, pues, perdonado.... perdonado hasta donde puede perdonar la flaqueza humana.

Tendióle Cristina sus brazos, confundieronse aquellas dos almas desdichadas en un mismo dolor, en un propio llanto, y desde aquel día Gil se esmeró en borrar cuanto era dable el triste efecto de su conducta pasada.....

Melancólica, ya lo veo, es la conclusión de esta historia, que acaba por donde la mayor parte de las novelas comienzan, es decir, por muertes, pues el idiota niño y la desventurada Cristina murieron á poco de la conversión de García; pero yo que no hago aquí más que referir al pie de la letra un suceso verídico, no he podido trastornar el desenlace en obsequio del lector.



LA TAZA DE TÉ.

I

No hay efecto sin causa.—EL LIBRO DEL MUNDO.

—Guadalupe, no se te pase traerme temprano mañana, á cosa de las seis, una taza de té, pero que esté bien caliente.

La persona á quien iban dirigidas estas palabras, era una muchacha trigueña y fresca, criada según el pelaje, de unos diecisiete á dieciocho años y no mal parecida.

La persona de quien recibía la otra la consigna, era una mujer de veinte años poco más ó menos, de facciones delicadas y muy bien formada de cuerpo.

La criada, después de haberse cerciorado de que á la señora su ama no se le ofrecía ya por la ocasión ninguna otra cosa